

Meirieu, P. (2018). *Pedagogía: Necesidad de resistir*. Editorial Popular, 155 pp.

Philippe Meirieu nos plantea un ensayo actual sobre los retos de la pedagogía que también son retos sociales y de Estado. Para ello inicialmente plasma una entrevista con Étienne Vellas donde abordan diferentes retos sociales a los que se enfrenta la pedagogía como la decadencia percibida por la sociedad en educación que regresa a planteamientos pasados basados en el autoritarismo o en el laxismo, y ante lo cual la pedagogía nos plantea alternativas para salir de esa oscilación, como la autoridad que autorice. En esta entrevista también se señala la importancia de la evaluación desde dos perspectivas. Por un lado, el enfoque que evalúa desde las ambiciones de la sociedad, por lo que finalmente siempre se percibe el nivel de la escuela como bajo. Por otro lado, prima socialmente la hegemonía cuantitativista de la evaluación, perdiendo de vista que el trabajo escolar no es un producto que se puede medir ni cuantificar del todo. Además, el autor señala que la escuela no es un servicio, sino una institución que encarna valores y que la finalidad de esta es aprender, aprender juntos, construyendo autonomía en los sujetos, por lo que, la finalidad de la educación es tanto adquirir conocimientos como favorecer un proyecto de emancipación. En este sentido, la escuela como institución debe prever mecanismos para construir conjuntamente soluciones. De este modo, Meirieu deja reflejados los principios filosóficos que sustentan su ensayo.

Una vez reflejados estos principios, el autor comienza analizando el efecto

del pedagogismo y la perspectiva de los antipedagogos. Respecto al pedagogismo entiende que aquellos que lo defienden, los antipedagogos, desacreditan la autoridad educativa y el aporte cultural propio de la educación, generando desigualdades sociales. En contraposición al pedagogismo se encuentra la pedagogía que vincula la instrucción y la emancipación, a través de estudios que tratan de conciliar el principio de educabilidad y el de libertad, permitiendo que todos los alumnos aprendan y accedan a la cultura humana. En cuanto a la figura de los antipedagogos, el autor señala que su fundamento se basa realmente en la ignorancia, ya que, hay una tradición literaria y científica de pedagogos que han buscado cómo mejorar la educación y cuyas obras son ignoradas. Esta ignorancia tiene entre otras consecuencias una muy problemática: supone un peligro para la democracia, porque la pedagogía busca la igualdad de los ciudadanos aportando a los niños los medios para acceder igualitariamente a la cultura y los saberes, mientras que, los antipedagogos entiende que hay personas destinadas para tareas concretas y otros a acceder a un conocimiento superior de los saberes. De este modo se fomenta la desigualdad social que resulta incompatible con la democracia.

El autor continúa enfatizando el papel de la pedagogía en la actualidad, por un lado, frente a la economía de mercado y, por otro, como enclave necesario en la modernidad. En cuanto al primer punto señala la necesaria función pedagógica para centrar la atención y posponer el deseo constante, hecho que resulta necesario en una sociedad

marcada por las pulsiones de compra. En cuanto a la modernidad, enfatiza el papel democrático de la pedagogía entendiendo que, si la educación es para todos, los problemas de la educación entonces se convierten en un problema de Estado. Además, en el desarrollo de la modernidad, el éxito de cada niño se concibe como un derecho, y por ello se demanda a los educadores que susciten el deseo de saber y la libertad de aprender en todos los futuros ciudadanos. Pero, este objetivo no se puede llevar a cabo sino con las dicotomías que plantean los pedagogos históricamente, como son la autoridad y la libertad, la evaluación y el acompañamiento compasivo o la clase magistral y los trabajos en grupo. Meirieu señala, en este sentido, que la atención a estas paradojas educativas se encuentra en el punto medio de las mismas, permitiendo así a los educadores tanto emancipar como domesticar, imponer conocimientos como permitir su superación o asumir dependencia necesaria respecto a la autoridad como aprender que esta no es respetable si no es legítima. Dentro de estas dicotomías es importante señalar el principio de libertad y el principio de educabilidad, que suponen los fundamentos de la pedagogía. Se traducen en que todo el mundo puede aprender, pero el aprendizaje en sí no se decreta y nada permite imponérselo a nadie. Para afrontar esta dicotomía son relevantes los *dispositivos pedagógicos* que trabajan en la temporalidad y que movilizan a los alumnos a través de la exposición de saberes y el entrenamiento. Para lograrlo se deben desarrollar proyectos que permitan a los alumnos apropiarse de los conocimientos, empleando estrategias

de aprendizaje diferentes que faciliten la autonomía, vinculando tanto el método como el contenido, sin separar lo cognitivo de lo afectivo, ni lo individual de lo social. De esta forma se permite enriquecer y progresar al alumno y construir en él la humanidad mediante el acceso a la cultura.

Meirieu, continúa analizando problemas sociales de actualidad, como es la crisis de autoridad generada entre los jóvenes y los adultos. De ella enfatiza que los jóvenes ignoran a los adultos percibiendo en su autoridad un freno y no reconociendo los valores que transmiten. Pero, al mismo tiempo, los jóvenes reconocen las «autoridades-influencia» que se transmiten a través de los medios de comunicación, en las bandas o en los grupos religiosos, donde se prima el mimetismo e inmediatez absolutos, fomentando la hegemonía del presente grupal. Para afrontar esta problemática el autor señala la necesidad de construir una autoridad legítima desde la educación. Alcanzar este objetivo supone que la educación debe capacitar a los alumnos tanto para pensar por sí mismos asociarse con otras personas a través de la pedagogía por el proyecto. Algunas características relevantes de esta metodología son: la posibilidad de proyectar en los alumnos un futuro, asumiendo el presente y el pasado, comprender la adecuación de las normas como una herramienta que permite la participación, descubrir una forma legítima de autoridad basada en la competencia o permitir a cada alumno encontrar un lugar con responsabilidades. Además, el autor señala la evolución que han tener los

alumnos y las necesidades educativas en su progreso, identificando de este modo las características del «alumno-sujeto» entre las que destacan la superación de impulsos, la comprensión de diferentes puntos de vista o la fijación de la atención y concentración para generar logro en el proyecto. De este modo, aporta a los educadores herramientas que permitan evaluar las *adquisiciones pedagógicas* que deben adquirirse en la escuela.

Finalmente, el autor concluye su ensayo con dos cuestiones muy relevantes, tanto social como educativa-mente, por un lado, la categorización y segregación de los niños basada en el enfoque médico y, por otro, la necesidad de reconstruir la escuela. Respecto al primer punto señala la actual hegemonía del paradigma médico en nuestra sociedad y, por tanto, también en el campo educativo que se manifiesta en la categorización de los niños por capacidades o inteligencia. Frente a esta imposición se encuentra el enfoque pedagógico que rompe con el paradigma médico colocando en el centro del proyecto educativo la emergencia del sujeto y, permitiendo, que este subvierta la hipotética naturaleza que plantea el paradigma médico. Respecto al segundo punto, la necesidad de reconstruir la escuela, el autor considera que ha habido constantes reformas, pero estas no han modificado las relaciones pedagógicas y han afectado negativamente a los «menos iniciados». Además, han generado una competición entre los centros educativos por los resultados académicos, perdiendo de vista los valores referentes de la escuela como son la solidaridad y la emancipación de

los alumnos. Por tanto, no se han tenido en cuenta las reflexiones pedagógicas que permiten llegar a ser «alumnos-sujetos» y que facilitan crear en la clase medios educativos para aprender juntos mediante un proyecto. Ante dicha dificultad el autor plantea dos procesos educativos que podrían mejorar esta situación. En primer lugar, crear rituales específicos que enseñen a los alumnos a comportarse en diferentes contextos (laboratorio, teatros o museos). En segundo lugar, replantear la escuela para que esta sea tanto un espacio abierto a la comunidad que permita interacciones sociales, como un espacio de trabajo, tranquilo y exigente, en torno a un proyecto. Para ello, es importante tener en cuenta el número de alumnos, donde el autor plantea que estos sean de «talla humana», permitiendo a sus miembros encarnar un proyecto educativo. Observamos, por tanto, la complejidad de reconstruir la escuela, pero, es necesario afrontarla, ya que, como señala el autor, las dificultades que vivimos hoy en día no se solventarán con simples reformas sino con exigentes construcciones.

En conclusión, esta obra nos plantea los diferentes retos sociales a los que se enfrenta la pedagogía, donde se abordan tanto desde una perspectiva empírica como filosófica, con la finalidad de encontrar respuestas constructivas y solventes. Este hecho es de gran relevancia ya que como señala él mismo, no habrá democracia sin educación y, por tanto, nos enfrentamos a un reto social que debemos afrontar.

Rocío Nicolás López
Universidad Complutense de Madrid